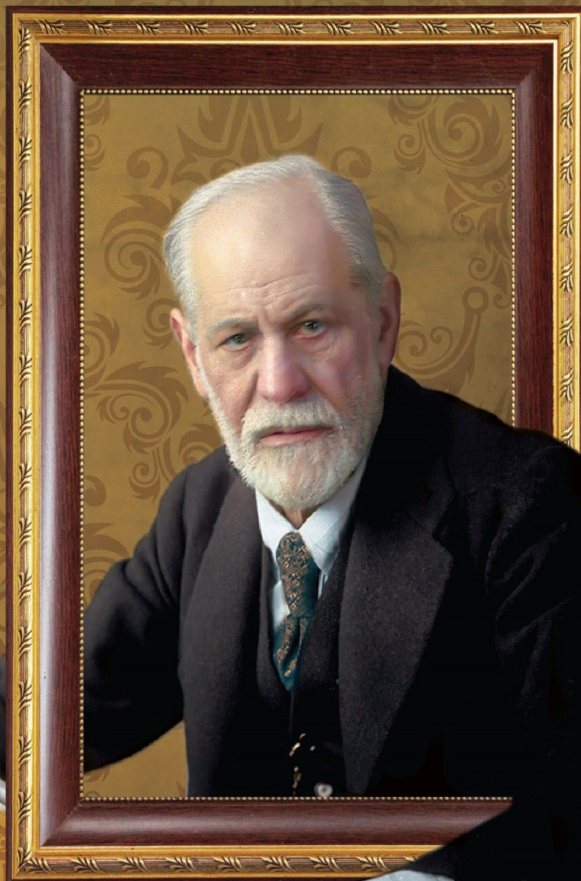


Mauricio Bergstein



FUSILES EN EL PARAGÜERO

Mauricio Bergstein

FUSILES EN EL
PARAGÜERO


ESPASA

PRIMERA PARTE

—¡Judío! —gritó el pequeño—. ¡Judío!

El diminuto mechón de pelo negro, encombado en la frente, rebotaba con las convulsiones que sacudían su cuerpo. Enseguida pasó a los hechos y lanzó un puntapié a la rodilla del médico que su madre, precavida de las reacciones violentas que la palabra «judío» desencadenaba en su hijo, neutralizó con agilidad.

Ni siquiera dio tiempo para el «buenas tardes, doctor».

La rabieta dejó estupefacto al psiquiatra; sin ninguna reacción visible, se limitó a observar el extraño caso que ese día había llegado hasta su consultorio. Lo hacía con distancia; hasta parecía que sus pensamientos flotaran lejos de ese lugar y de ese niño incontrolable. El inicio de la consulta no pudo ser más sorprendente.

Pálido y delgado, el porte del joven paciente distaba de inspirar temor alguno, pero permitía entrever que algo no iba bien en ese berrinche antisemita pasado de tono; el ceño fruncido y la actitud desafiante tampoco encajaban en la voz aguda de un infante de nueve años de edad.

El fallido intento de agresión frustró las aspiraciones del pequeño, pero no se resignó: cerró los puños y, con los brazos pegados al cuerpo, dio un pisotón contra el suelo. Un aire envilecido acompañaba al eco que había dejado el patadón.

—¡No quiero ver a este judío! —insistió sin importarle el semblante áspero del doctor.

—Perdóneme, Herr Professor. —La mujer dio por descontada su condición de catedrático y lo llamó de esa forma, cosa que agradó al facultativo y apaciguó la hostilidad reinante—: No sé qué decirle. Como usted sabe, nuestro común amigo, el Dr. Bloch, nos ha recomendado buscar

su consejo. ¡Nos insistió mucho en venir, y ahora esto! Me siento muy avergonzada. Nunca le oí hablar de ese modo —mintió la madre, dirigiendo la mirada a la montaña de libros que se levantaba en un extremo del despacho, como la torre de vigilancia de una fortaleza.

La mujer temió que aquel hombre, la figura más prometedora de la nueva generación de científicos vieneses según le había explicado el Dr. Bloch, los pusiera de patitas en la calle. Pasó los dedos sobre el mechón de Adolf mientras que le estrechaba la pequeña mano con la otra: el médico no supo distinguir si lo hacía con el propósito de acariciarlo o de aplacarlo. Aunque todavía respiraba con agitación, la cercanía de la madre comenzó a amansarlo.

—Frau Klara, por favor, cálmese y tome asiento —dijo con aplomo.

Cuando parecía que la sesión se encarrilaría, la rabia afloró con nuevos bríos. El pequeño entendió que había sido ignorado por el judío, que su reacción no había causado ningún daño y que el doctor se disponía a conversar con su madre como lo haría con la madre de cualquier otro niño. Soltó entonces la mano que lo mantenía aprisionado y sin vacilaciones de especie alguna propinó un certero puñetazo al sombrero de color gris que yacía sobre el diván y cuya propiedad atribuyó al médico.

—¡Sombrero judío! —pataleó.

—¿Como el que usan los rabinos? —preguntó el doctor de manera refleja.

—¡Compórtate, Adolf! —esta vez la madre lo regañó con un tirón de orejas que lo devolvió a su silla.

El médico advirtió que su fórmula resultaba inadecuada para dirigirse a un chico de nueve años. Se había dejado envolver en la contienda que el niño planteaba.

Con el tono más amistoso que encontró para dirigirse a un joven tan irascible, intentó desempantanar el diálogo:

—Dime, ¿sabes qué es un judío?

El niño lo miró de arriba abajo con un desprecio que Freud nunca hubiese podido imaginar. Pero no produjo palabra alguna. Desconcertada, Frau Klara observaba el extraño curso que el profesor imprimía a la consulta.

Enseguida agarró el sombrero que su hijo acababa de aplastar y procuró devolverle la forma, lo que logró solo a medias. Sus manos denotaban un ligero temblor; ella sabía perfectamente que lo que se había visto hasta ahora era solo el prólogo de un episodio más virulento. Lo peor estaba por venir.

El niño permaneció sentado, inmóvil como si estuviese retenido en una camisa de fuerza invisible, no del todo satisfecho con el resultado de su agresión. Se irguió hasta donde pudo sin quitarle los ojos al doctor, con una pose beligerante difícil de explicar; con los músculos del rostro tensados y las venas del cuello hinchadas, parecía que estuviese a punto de lanzar un cañonazo.

—Ni se te ocurra —se adelantó la madre.

—¿Qué cosa? —inquirió el doctor.

La mujer se demoró en responder hasta que finalmente se decidió.

—Iba a escupirle. Disculpas, disculpas y más disculpas —agregó con vergüenza al tiempo que bajaba la cabeza resignada.

Rápida de reflejos, indudablemente conocía muy bien las descompensaciones de su hijo.

Por un instante la madre imaginó el desastre que hubiera provocado el salivazo en el traje del médico. A pesar de ser ya media tarde, el pantalón, ancho y holgado, mantenía la línea perfecta, conservaba el mismo aspecto impecable que debía haber tenido a primera hora de la mañana. Ya en esa época el doctor mostraba predilección por los chalecos de tejido de cheviot inglés y camisas blancas de algodón. A ella le impresionó el atuendo, desde el nudo de la corbata hasta el de los cordones de los zapatos.

Se produjo una pausa. Mientras dirigía al niño una mirada severa, Freud alzó una pierna y estiró la media gris. Sin prisa. Enseguida repitió el movimiento con la otra.

—¿En qué piensa? —inquirió el doctor.

—En la mancha blancuzca que habría dejado el salivazo en la solapa de su saco —y enseguida bajó la mirada, arrepentida de una respuesta impulsiva que, a su criterio, debía haberse guardado.

Luego del fragor inicial —y a partir de los antecedentes que le transmitiera Bloch— Freud ya barajaba una serie de diagnósticos para explicar el veneno que afloraba en el niño. Paranoia y catarsis automática fueron las primeras conjeturas. Muchas veces se había topado con pacientes que sufrían una cólera incontrolable. Pero aun así resultaba imposible especular acerca de la naturaleza de los traumas que hubieran podido sacudir los cimientos nerviosos de este pequeño. Sin señales de desvanecerse, la ira que destilaba era insoportable. Al psiquiatra también se le hacía difícil entrever las peculiaridades de un próximo asalto, que a esas alturas también daba por descontado.

No se quitaban los ojos de encima, enfrascados en lo que parecía una contienda visual y muda, hasta que el doctor dio un giro inesperado e hizo algo que raramente llevaba adelante: tomar notas durante el encuentro con el paciente.

Si bien ya desde comienzos de la década mantenía un concienzudo archivo de apuntes sobre todas y cada una de sus consultas, lo hacía luego de haber terminado la última sesión de la jornada. Esa tarde garabateó tres líneas. La madre sintió curiosidad por esas anotaciones, pero no se animó a preguntar.

El médico razonaba sobre la manera más efectiva de abordar el caso: recurrir a la nueva técnica de la asociación libre de ideas con un niño de nueve años que se negaba a cooperar, mucho menos a hablar; resultaba un imposible. La *talking cure* sobre la que tanto había reflexionado desde que el Dr. Breuer se la mencionara, en referencia a una de sus pacientes más enigmáticas, no tenía cabida. Por eso, a pesar de que en 1898 ya había abandonado el método de la sugestión hipnótica para tratar los trastornos nerviosos, optó por ese mecanismo luego de solicitar autorización a la madre. Un último recurso. Acaso la hipnosis permitiría desenterrar algún acontecimiento decisivo que explicara la etiología de la conducta inadaptada y sus violentos accesos. Tenía plena conciencia de que la aplicación de esa herramienta en un niño de esas características podría resultar inocua; igualmente decidió intentar. Como le había

ocurrido tantas veces antes, la hipnosis lo conducía hasta un cierto punto más allá del cual resultaba imposible avanzar. En el caso de este chico díscolo ni siquiera logró rozar los niveles más superficiales de subconsciencia, tal vez ni eso. El pequeño Adolf desobedecía la consigna clínica —mejor dicho, la había ignorado por completo—. Resistió al conjuro, por lo que esta vía tampoco condujo a buen puerto ni arrojó luz alguna.

Los ojos chispeantes de Adolfito recorrían el consultorio de arriba abajo, buscando una escapatoria que no había. De tanto en tanto se metía el dedo en la nariz y clavaba un moco debajo de la silla, con la boca cerrada y sin disimulo. Había percibido que esto irritaba al doctor. La pulcritud del mobiliario donde recibía a sus pacientes era motivo de preocupación constante.

Si el niño no hablaba, era poco lo que él podría hacer. Así no llegaría a ninguna parte. Los pacientes que cimentaron las bases de *Escritos sobre la histeria* habían sido los que lo habían guiado, a través de sus relatos, hacia los orígenes traumáticos de sus misteriosas conductas. Pero sin palabras no había escucha y sin escucha no había camino hacia aquello que los pacientes desconocían pero debían revelarle. Cualquier cosa que pudiese decirle al pequeño jamás lograría abrirse paso como para dejar huella alguna en un espíritu que parecía impermeable a las palabras o al diálogo terapéutico.

Esa circunstancia decepcionó al investigador. Todos los caminos ensayados con el pequeño Adolf se mostraban ineficaces. La desilusión se mezclaba con el menosprecio que le provocaba el insulto antisemita.

Y aun así, habiendo traspasado con creces el marco de las neurosis —que se habían constituido en su principal objeto de estudio—, el anhelo de conocimiento, aunado a la disciplina estoica del científico abnegado, impidieron que se entregara.

—Mi amigo, el Dr. Bloch, me adelantó que su hijo padece severos impulsos de agresividad descontrolada, que tuve oportunidad de advertir *in situ*, pero que además tiene sueños que lo martirizan. Le confieso que esta fue la

razón por la que acepté la solicitud de verlo. En general, no atiendo niños. Por lo demás, estoy abocado a la cura de la neurosis y me temo que aquí tengamos otras cosas.

—Doctor, mi hijo tiene sueños terribles.

—Cuéntemelos.

—¿Los sueños? ¿Son importantes?

—No lo sabemos aún, pero sospechamos que sí, que cada sueño es... —Hizo una pausa y agregó—: *un texto sagrado*.

Sonrió para sus adentros, pensando en la impresión que causaría en su amigo Fliess la forma en la que se había referido a los sueños.

—¡No le cuentes nada, mamá!

—¿A qué piensas que hemos venido?

El enfado de la madre apaciguó al niño.

—Cuéntemelos —insistió, en vistas de que el pequeño se negaba a cooperar.

Gotitas de sudor infantil habían proliferado sobre el labio de Adolf.

—Pero los sueños no son lo peor. Doctor, estoy desesperada —se largó la madre, haciendo a un lado lo que parecía su recato habitual—. Vea: el pequeño ha intentado fugarse. ¡Tiene nueve años! No se imagina el malestar que reina en la casa. Mi esposo tampoco lo ha tratado del todo bien; no sé si me comprende. Todas las noches duermo con el corazón en la boca porque no sé cuándo intentará huir nuevamente.

—Su marido ¿lo maltrata?

—No —mintió de nuevo la madre.

—¿Sabe de algún abuso perpetrado por este u otro adulto?

—¡Por favor, doctor!

El aspaviento de la mujer le hizo dudar.

—En oportunidades, esos castigos dejan secuelas, pueden convertirse en traumas cuya relevancia solo se advierte y cobra valor años más tarde —acotó el doctor.

—No, pero lo ha retado con severidad —aclaró, hacia la ventana.

Le resultaba incómodo mantener la mirada férrea que el médico le dirigía y con la que parecía diseccionar todos los objetos de la sala. Intuyó que esa mirada podría agujerear una muralla.

—Cuénteme los detalles de esos intentos de evasión, luego hablaremos de los sueños.

—Hace tres semanas quiso escapar. ¡En medio de la noche! Se le ocurrió saltar por la ventana. Pretendía desvestirse, no sé por qué. Pensó que desnudo sería más fácil. Por alguna razón no lo consiguió. Una parte de su cuerpo quedó atascada en la ventana, sin poder huir ni reingresar a la casa.

Se hizo un incómodo silencio. El niño tenía los ojos desorbitados.

—¿Qué sucedió después?

—Los ruidos que hizo para desengancharse despertaron a mi esposo. Decidió inspeccionar y descubrió a Adolfo en esa infeliz situación. —La madre interrumpió el relato.

—¿Y qué hizo su padre entonces? —prosiguió el doctor sin darle respiro.

—Nos llamó a todos para que viésemos cuán tonto era, ¡atrapado en la ventana semidesnudo!

—Entiendo, procuró humillarlo. ¿Lo humilla habitualmente?

—Un poco. El «tío» es muy irritable —acotó no muy segura del aporte de esa confesión.

—¿El tío?

—Así llamo a mi marido —dijo Klara mientras dibujaba una sonrisa en la boca—. En realidad, somos primos segundos.

Los ojos grises de la madre capturaron la atención del médico. Tenía una expresión sencilla en el rostro. El cabello castaño, recogido en una trenza, aportaba aire rural a una belleza muy reservada. El cerquillo, corto y redondo, coronaba la frente. La mirada inocente transmitía un asombro constante. El doctor razonaba que seguramente ella había traído su mejor atuendo para venir a verlo a Viena.

—El padrastro de mi marido es mi abuelo —aclaró.

—Entiendo —agregó pensativo.

No se le escapó la semejanza con su propia familia: el padre —mucho mayor que su bella madre— había tenido hijos de matrimonios anteriores que, en su caso, bien habrían podido ser pareja de ella.

—Se rechazan —agregó la madre de pronto—, pero él es solo un niño. El padre desea imponer la disciplina y encauzar su pobre desempeño escolar.

—¿Y a qué se dedica el «tío», Frau Klara? —preguntó animado por la curiosidad.

—Acaba de jubilarse como funcionario público. Está muy orgulloso de su carrera al servicio del Estado y de Austria —repuso la madre con entusiasmo.

—¿Por qué te desvestías? —se dirigió de pronto al niño, que seguía la conversación lívido, al borde de la silla.

El tono del doctor había pasado de la neutralidad a una tenue ofensiva. Conocía ahora los puntos débiles del joven: el que la madre hubiese revelado esa intimidad lo tornaba vulnerable.

—En el intento de quitarse la ropa perdió un botón y se rasgó la camisa. Mire, acabo de darme cuenta de que es la misma camisa que trae ahora. ¡Qué vergüenza!

Y le mostró el ojal vacío y el trozo desgajado.

El pequeño había quedado inmóvil como una planta, sudaba y su rostro de niño desequilibrado se había teñido de rojo. Las mejillas eran dos tomates perfectamente redondos y las orejas, salidas, dos morrones horizontales.

La defección de su madre lo desarmó por completo. Que le prestara tanta atención a lo que un judío pudiera decir o, peor aún, que tomara sus palabras como las de un sabelotodo que viene de otro planeta había sido más de lo que ese niño —que tanto amaba a su madre— podía tolerar. Esos momentos de desesperación quedaron marcados a fuego. Nunca los olvidó. La madre, por su lado, parecía encantada (¿ella sí hipnotizada?) con las explicaciones del doctor.

El psiquiatra advirtió el acaloramiento del pequeño; el aire se había enrarecido. El médico hizo una pausa; debía

pensar el próximo paso. Metió las manos en los bolsillos; sonrió al percibir que los forros de ambos lados estaban agujereados también.

Sin apremio se dirigió a la ventana y la abrió.

—¿Escapará nuevamente? —dijo como a sí mismo, con un dejo de burla. Enseguida prosiguió—: Cuénteme de los primeros años de su hijo.

—Tiene nueve años, no han pasado muchas cosas en su vida.

La madre hizo silencio a pesar de que le costaba permanecer callada. La mirada del médico la conminaba a hablar, a llenar de palabras el despacho, a decir aquello que parecía decidida a ocultar.

El investigador disfrutaba la conversación con Klara tanto como le disgustaba dialogar con el niño; aun cuando la hostilidad inicial se había atenuado, el doctor ya tenía claro que el pequeño escenificaba su fracaso en la conducción de la sesión: continuaba mudo, reacio a cualquier forma de comunicación. No había logrado desarmar las fortalezas del pequeño Adolf.

—Y este odio a los judíos ¿de dónde lo sacó? ¿Su padre, tal vez?

—No lo sé. Su padre no. El «tío» admira a los Habsburgo, le desagrada Schönerer. Para mí que le viene de la escuela, en Linz. A pesar de que llevamos poco tiempo allá, usted sabe que esa ciudad simpatiza con Schönerer. Habrá escuchado a algún compañerito...

—Aquí estamos en Viena —recordó Herr Professor dando por descontada la superioridad moral de esta sobre Linz.

—¿Viena no es antijudía? —se atrevió a preguntar Klara con audacia inesperada y en tono conciliador.

El científico que tenía en frente le infundía una autoridad enorme a alguien que se consideraba una campesina semianalfabeta.

—Sí, tiene usted razón, Frau Klara. También aquí el odio a los judíos es atroz. Le diré más, aquí hay gente que entiende que las relaciones sexuales entre judíos y gentiles deberían tipificarse con el delito de sodomía. ¡En 1898!

Klara se sonrojó. El médico advirtió que tenía que ser cauteloso con lo que decía. El niño pareció no comprender una palabra. Pero la corriente de simpatía que evidentemente se había establecido entre su madre y el judío le provocaba una mortificación que iba *in crescendo* a medida que la afinidad, notoria en ambos, aumentaba. Fue lo bastante perspicaz para descubrir que el médico había tenido que experimentar cierta forma de «afición» hacia su madre, una mujer joven y bellísima.

El pequeño daba la impresión de hacerse aún más pequeño. Imaginaba que su madre podría ser pareja del doctor, mucho más armoniosa de lo que lo era con su padre. Este era mucho mayor que ella, mientras que el doctor y su madre aparentaban más o menos la misma edad. Tenía más sentido este dúo que el de sus padres. Se sintió desconcertado.

—¿Algún recuerdo? ¿La escuela? Hace un rato mencionó que le iba más o menos...

—Mi hijo tiene un compañerito judío, al que también aborrece...

—Me refería a un suceso. Sus sentimientos antijudíos ya los he padecido de primera mano —repitió.

—No se me ocurre nada. Como decía, ha tenido una infancia feliz como la de cualquier otro niño de su edad.

—¿A qué juega?

—No sé, juega poco. La verdad es que no tenemos muchos juguetes en casa. Cuando juega, lo hace con gusanos y otros bichos. Anda siempre con las uñas mugrientas. —Sonrió.

—¿Y cómo le va en la escuela?

—Mal.

El entrecejo del profesor se tensó: desde el vamos se le hizo evidente que el desempeño escolar de «esto» sería una debacle.

—¿Qué quiere ser cuando sea grande?

—¿Qué vas a ser cuando seas grande, Adolfo? —insistió la madre en el tono más inocente que encontró, como si no hubiese ocurrido nada y la sesión comenzase en ese mismo momento.

El doctor dio por descontado el silencio como respuesta, y pasó a la siguiente pregunta.

—¿Algo más?

El médico se quedó mirándola detrás de sus poderosas gafas que multiplicaban su vigor clínico.

—Por favor, no me malinterprete —dijo ella con reserva—. El doctor Bloch también es judío y es nuestro amigo.

El psiquiatra asintió con la cabeza, pero permaneció en silencio.

La madre, en cambio, sentía que la mirada incisiva volvía a la carga, la obligaba a hablar y a decir cosas que, en circunstancias diferentes, se guardaría.

—Vayamos a los sueños.

Sabía que estaba arando en el mar. Aun así, deseaba preservar el protocolo médico que trataba de imponer en sus consultas. Rastreaba una especie de relato: que los pacientes dijeran aquello que resguardaban en un lado oscuro y secreto de su indefensión y que solo emergía a la superficie en los momentos más inesperados.

No se detuvo en el atisbo de asco que soltó el pequeño Adolf; enseguida miró a la madre, lo que bastó para desatar un chorro de palabras apresuradas; le costaba contenerse u ordenar los pensamientos.

—Mi hijo tiene pesadillas de todo tipo.

—Cuéntemelas.

—Cae en precipicios. Despierta angustiadísimo, bañado en sudor.

—¿Algo más?

—Sí, me ha contado —dirigió una mirada a su hijo— que lo persiguen, lo toman prisionero y lo torturan. Grita.

—¿De qué manera?

—Lo azotan, a veces con latigazos. —Volvió a mirar a su hijo.

—¿Quisieras agregar algo? —se dirigió con naturalidad al paciente.

El jovenzuelo se cruzó de brazos, acaso dando a entender que un judío no tenía permitido dirigirle la palabra; mucho menos indagar en sus sueños. Pegó un nuevo moco debajo de la silla y mantuvo su política de no cooperación.

Su pequeña nariz, encuadrada en el epicentro de ese rostro crispado, parecía una alcantarilla inagotable.

Las uñas sucias, con el borde ennegrecido en forma de media luna, hurgaban en pos de un último moco rezagado. Después de un rato ya no quedaban muchos. El chiquillo había barrido el interior de su nariz. Turnaba el índice con el mayor: finos como dos gusanos en celo, penetraban con tanta fuerza que el doctor esperaba que el tabique reventase de un momento a otro.

—Quítate el dedo de la nariz —lo retó la madre.

—¿Podría recordar algo más de esos sueños que tanto lo afligen, alguna imagen que el chico hubiera mencionado al despertar?

—Bueno, sí, pero no tiene importancia, creo que es insignificante.

—A ver —insistió el médico.

—Trep a un banquito y pronuncia un discurso frente a un espejo.

La madre rio del absurdo mientras que el médico permaneció meditabundo.

—¿Cómo era el banquito? —preguntó después de una pausa.

—¡El banquito! —soltó Klara sorprendida—. No lo sé. ¡Qué importa!

—¿Y qué decía en el discurso? ¿Lo recuerda?

—Ya no me acuerdo.

El médico guardó silencio, de manera automática, involuntaria. Enseguida se dio cuenta de que el vacío de palabras incomodaba a la madre. Intuyó que provocar ese silencio podría resultar útil para extraer las palabras que los pacientes rehúsan enunciar; reflexionaría sobre ello por la noche. Esperó.

Al cabo de unos instantes la mujer se largó de nuevo.

—En ocasiones se despierta a los gritos, muy asustado. Los aullidos retumban en las madrugadas. Se lo aseguro, no exagero.

—¿Qué soñaba?

—Es una de las pesadillas que mejor recuerda porque el gran pájaro se le aparece.

—¿Gran pájaro? ¿Puede describirlo?

—Un gran pájaro, de pico largo, lo empuja hacia una oscuridad sin fin. El ave vuela a su alrededor, escoltando su caída. A veces el horrible animal escupe fuego. Otras, ríe con fuertes carcajadas, salpicadas de saliva blancuzca y quemante.

La mirada de Freud había perdido severidad ahora que la mujer hablaba de manera espontánea. Frau Klara sintió que sus palabras satisfacían al médico, hasta le pareció que recibía estos sueños con beneplácito o cierto regocijo.

—En otras oportunidades, el pequeño despierta llo-riqueando. Acurrucado, angustiado. Me cuenta que lo persiguen, en una carrera que no se termina hasta que se despierta transpirado como si hubiese corrido durante muchas horas.

—¿Quién va tras él?

—Un hombre enorme y oscuro, armado de una especie de látigo de cuero. Nunca logra verle la cara; la prisa le impide darse vuelta. No se atreve. En ocasiones el arma es la hebilla de un cinturón. Otras veces se parece a un cuerno o a una lanza. También el hombre suele reír. En otro momento ve solo la boca abierta y desdentada con restos de comida semimasticada. No, no sé, esos sueños son confusos y entreverados. ¡Le he dicho todo, doctor!

El psiquiatra procuraba alguna pista. Cavilaba en silencio.

—¿Qué significa todo eso? ¿Qué debo hacer, Herr Professor? Por favor, dígamelo. Es mi hijo.

—Mi estimada Frau Klara, los trastornos psíquicos de su hijo han rebasado con creces la frontera de la neurosis, área de nuestra especialidad, como le decía hace un rato. Me temo que el pequeño debe ser internado en un hospital psiquiátrico cuanto antes. El Instituto de Salud Mental para niños de Viena podría ser una buena opción. No se preocupe; si usted aceptara nuestra recomendación, hablaría con nuestro buen amigo Bloch para proceder de la mejor manera.

—Sí, entiendo. Se lo agradezco —respondió con resignación, apesadumbrada, acaso sabiendo de antemano que

ese era el único destino posible para las afecciones de su Adolf, el único camino que restaba por recorrer después del espantoso desempeño de esa tarde. Visiblemente afectada, se tapó los ojos con una mano.

—La internación podría ayudar. Es un niño, está en proceso de formación, tal vez allí puedan producir la terapéutica indicada. El aparato psíquico se va formando con las experiencias de la primera niñez, quizás aún estemos a tiempo. Ciertas predisposiciones constitucionales pueden inclinar la balanza hacia la enfermedad o hacia la sanación.

—Muchas gracias, Herr Professor, y le ruego disculpe nuevamente los desvaríos de mi hijo.

—No se preocupe, comprendo perfectamente el caso.

La mujer se incorporó y el chiquillo, ahora un poco más relajado —sin duda la había pasado muy mal—, saltó de la silla. Una idea atravesó los pensamientos de la madre: notó que el médico nunca lo llamaba por su nombre, Adolf.

—Antes de retirarse debería cobrarle —repuso el médico con un esbozo de sonrisa, la primera en los últimos cincuenta minutos.

—¡Disculpe! Claro que sí. El Dr. Bloch me adelantó que sus honorarios por recibir a mi pequeño ascenderían a diez florines.

—Así es. Aunque luego de las escenas de pugilato, escupitajo abortado inclusive, tal vez debería cobrarle un poco más. Pero quédese tranquila, no lo haré. Hemos pactado.

—¡No le pagues nada! —el aullido de Adolf embutido en el agudo constante de su vocecita resultó patético; pero esta vez el doctor ni siquiera lo miró.

—¡Tú, cállate! Bastante trabajo que me das.

Mientras la madre extraía el dinero de la cartera, preparado de antemano, el niño detuvo su mirada en una estatuilla egipcia que había estado observándole desde que tomara asiento. La artesanía era de un color parecido al mostaza, traía la aridez del desierto y el discernimiento de los antiguos que tanto gustaba al doctor. La claridad de la tarde que penetraba por la ventana nublaba la vista, como si se encontraran en pleno Sahara.

Freud percibió las intenciones del chiquillo. Aun a riesgo de recibir un nuevo proyectil en forma de puntapié, se interpuso entre él y un ídolo que muy pronto se convertiría en uno de sus favoritos. Lo tomó con sus manos sin necesidad de dar ninguna explicación; entendió que no valía la pena embarcarse en un debate sobre la egiptología ante dos personas que seguramente nada entenderían.

—Mi hijo tiene predilección por el antiguo Egipto, tiene fascinación por los faraones.

—Ya ve, tenemos alguna coincidencia con este joven impetuoso —dijo mientras los acompañaba hasta la puerta a distancia preventiva.

El niño alzó el índice, como si estuviera diciéndole: «¡Algún día me vengaré! ¡Ya verás, judío!», mientras la madre lo arrastraba fuera del despacho. Pero ninguna palabra había salido de su boca.

El psiquiatra cerró la puerta con la misma calma con la que solía cerrar un caso. Cuando escaleras abajo todavía se oían los pasos de madre e hijo, recordó el pisotón con el que el chico había inaugurado la sesión; trató de evocar algún taconeo semejante de alguna otra historia clínica, pero no encontró ninguna en su memoria.

El paciente de la consulta siguiente ya se había anunciado en la sala de espera. Mientras iba a su encuentro decidió que no volvería a ver al pequeño. A pesar de la impresión que le había dejado un furor antisemita inimaginable en un niño, el caso no ameritaba. Siempre dispuesto a la introspección, pensó que su negativa a llevar adelante el tratamiento, más allá de cualquier consideración teórica, podría atribuirse a la franca antipatía que le había engendrado ese chico y su beligerancia antijudía. «¿Debo ayudar a alguien que rezuma un odio ancestral hacia nuestro pueblo? No, no lo haré».

Conocía Austria y conocía su antisemitismo visceral, lo había vivido en carne propia. Pero el de este chico rayaba la psicopatología más severa. Se sintió intrigado. «No, no lo haré», se repitió.

A pesar de que más tarde convivieron en la misma ciudad —y que durante un breve lapso residieron a pocas

cuadras uno del otro—, esa fue la última vez que doctor y paciente estuvieron frente a frente. No fue su último enfrentamiento, pero sí el más decisivo. El que cambiaría al mundo.